

# El edificio de la biblioteca

## Tres miradas diferentes y complementarias

Juan José Fuentes Romero  
xxf@cdf.udc.es

Coordinar la publicación de un trabajo sobre el edificio de las bibliotecas ha supuesto, de entrada, tener presente algunas circunstancias evidentes, y con toda seguridad conocidas, para la mayoría de los profesionales, estudiosos y estudiantes de estos temas, pero no por ello menos dignas de ser mencionadas.

La cuestión del edificio de la biblioteca supone la asunción, al tratar de este tema, de toda la enorme cantidad de contradicciones que la corporeidad física de lo hasta ahora llamado “biblioteca” conlleva. Decir que la biblioteca, todos los tipos de biblioteca ciertamente, están hoy en día en crisis supone señalar algo posiblemente de una enorme obviedad. Sí, hace ya bastantes años que las bibliotecas están en crisis. Según algunos sesudos, y al parecer más que documentados profetas de la materia, las bibliotecas están a punto de desaparecer.

Tan ardua y dura nos plantean la cuestión que nos atreveríamos a sugerir a quienes lean estas líneas que si tiene en préstamo algún libro de su biblioteca, corran urgentemente a devolverlo, so pena de que cuando vayan la biblioteca haya desaparecido. Lo cierto, está en los papeles, es que algunos sabios hace ya no menos de cuarenta años que profetizan, un día sí y el otro también, que las bibliotecas se acaban. Good bye, libraries.

Veamos. Si nos fijamos en las bibliotecas públicas, se han seguido construyendo bibliotecas. De cemento, acero, cristal. Físicas. Ahí están los casos de la de San Francisco de California, la de Los Angeles, la de Rotterdam, la de Shanghay...

Vayamos ahora a las bibliotecas universitarias. Sin salir de España, no hace falta ni siquiera citar la enorme cantidad de ellas que se han construido recientemente por todo el territorio español.

Respecto a las bibliotecas nacionales, sólo dos botones de muestra: la Bibliothèque Nationale de Francia y la British Library; acabadas de construir hace muy pocos años y abiertas con una cantidad de usuarios en imparable aumento desde entonces

Sucede, y ésta es nuestra opinión, que algunos llevan décadas afirmando lo que hoy por hoy no se sostiene: que las bibliotecas están a punto de desaparecer.

Sucede, y esto sí es incontrovertible, que hay depósitos del conocimiento humano (lo que hoy llamaríamos bibliotecas), desde hace ya casi, o sin casi, unos seis milenios. Sumerios, egipcios y griegos clásicos ya saben qué es eso a lo que luego se va a llamar con todas las de la ley “biblioteca”; pero son sobre todo los griegos del periodo helenístico, los herederos de Alejandro el Grande, los que ponen en marcha el prototipo, el modelo mítico, la biblioteca de Alejandría.

Sucede también que es, principal aunque no únicamente, en los EEUU de Norteamérica donde, a fines del siglo XIX, va a aparecer el modelo de biblioteca pública que desde allí se va a extender por todo el mundo.

Hasta bien entrada la década de los sesenta del pasado siglo XX no se pone realmente en tela de juicio la existencia y viabilidad de la biblioteca, como edificio, como

institución, como realidad útil para inmensas cantidades de ciudadanos y ciudadanas.

Resulta evidente que es en la aparición de las tecnologías de la información y la comunicación (las TIC) donde está el origen de toda esa tendencia que señala la inminente desaparición de las bibliotecas.

Está a la vista que las bibliotecas (al menos las buenas bibliotecas), desde las tres o cuatro últimas décadas han cambiado; y mucho; y lo van a seguir haciendo. Los ordenadores, los nuevos soportes, sobre todo Internet, son los causantes inmediatos de estos cambios; pero las bibliotecas siguen estando ahí, porque la inmensa mayoría de las (buenas) bibliotecas se han dado cuenta de la cuestión.

Las TIC no son en modo alguno enemigas de la biblioteca: representan la nueva y revolucionaria manera de crear conocimiento e información, de organizarla y manejarla, de difundirla, de guardarla.

Tan es así que hace ya bastantes años que circula la denominación que sirve para designar a esta nueva biblioteca que sigue teniendo libros y demás soportes en papel (periódicos, mapas, carteles...) y, además, todo tipo de audiovisuales, y además, disquetes y materiales digitales, y además Internet... y, presumiblemente por ahora, cuanto nuevos medios vayan apareciendo. A esta biblioteca se le llama ahora híbrida: hunde sus raíces en la antigua Sumeria y en la biblioteca de Alejandría, almacena en sus depósitos los tesoros documentales de todas las épocas, pero no se ha quedado encerrada en una caverna y mirando hacia dentro.

En modo alguno: ha cambiado hacia una biblioteca que proporciona, o así debe hacerlo, a sus usuarios cualquier material, cualquier medio, cualquier soporte que conlleve conocimientos e información a disposición (gratuita, así debiera ser siempre) de quien lo necesite y desee.

Sigue habiendo, y siendo tan necesarias como siempre, bibliotecas. Las bibliotecas, obvio, reales; en modo alguno las llamadas "bibliotecas virtuales". Para nosotros, estas así denominadas poco o nada tienen de biblioteca; no pasan de ser bases de datos más o menos grandes, más o menos accesibles.

Pero una base de datos no es una biblioteca. Puede formar parte de una biblioteca, pero en modo alguno debería aplicarse el

término biblioteca más que a una institución humana, de entre las más antiguas que el ser humano haya logrado poner en pie, que para ser tal necesita ineludiblemente de una colección organizada de materiales, de un personal que los organiza y actúa de intermediario entre dichos materiales y los usuarios y, en no menor medida, necesita de un espacio físico que alberga a los materiales "tradicionales", a los usuarios, al personal y, además, sirve como puerta de entrada para el uso colectivo de todos los materiales que conforman las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Las presentes y las por venir.

Porque, y aunque esto ya ha sido señalado en numerosas ocasiones procede no olvidarlo y seguir teniéndolo en cuenta, las bibliotecas no son sólo almacenes del conocimiento y de la información; desde siempre han sido también lugares de encuentro, templos laicos donde los seres humanos se encuentran unos con otros, se relacionan, intercambian ideas, sentimientos, emociones incluso.

Y no sólo eso: la biblioteca es el lugar donde, en conjunto, nos hablan las generaciones pasadas. Los libros representan la palabra y la voz del ciego (*O Meros*, que eso significa su nombre en griego) que nos cantó la cólera de Aquiles, la que a tantos héroes aqueos, los de las negras naves, llevó al Hades; y también la palabra de Virgilio, el que cantó a las armas y al héroe que sobrevivió a la destrucción de Troya, y la del manco que nos contó las locuras de un enajenado que, en su más que humana locura, nos regaló toda una nueva, digna y genial manera de ver el mundo. Y así con tanto y tantos.

La biblioteca, por tanto, necesita y requiere de manera absolutamente esencial de un espacio físico, el edificio. Las "bibliotecas" sin un volumen edificado, sin salas, sin mesas ni sillas, podrán tener todo el conocimiento y la información que se quiera, procedente de cualquier lugar del mundo y en billonésimas de segundo, podrán ser digitales, electrónica, lo que se quiera, todo... menos bibliotecas.

¿Y quien se atrevería a predecir el futuro? Triste ejercicio de profeta: de momento han transcurrido casi cuarenta años desde que se empezó a afirmar con contundencia que las bibliotecas iban a desaparecer... y

---

*"La biblioteca, por tanto, necesita y requiere de manera absolutamente esencial de un espacio físico, el edificio. Las "bibliotecas" sin un volumen edificado, sin salas, sin mesas ni sillas, podrán tener todo el conocimiento y la información que se quiera, procedente de cualquier lugar del mundo y en billonésimas de segundo, podrán ser digitales, electrónica, lo que se quiera, todo... menos bibliotecas"*

---

éstas siguen existiendo, y se siguen construyendo nuevas y más grandes bibliotecas. Además, habrá que intentar explicar el porqué de ese empecinamiento tan tajante en la defensa de la idea del inminente fin de las bibliotecas.

Tal vez, ciertamente, llegue un día en que la humanidad ya no necesite de las bibliotecas; creo, no obstante, que ni yo ni ninguno de los de mi generación vamos a ver ese día aunque, créanme, tampoco tengo ningún interés por comprobarlo.

Y ahora, presentemos los trabajos que forman parte de este monográfico.

No es la primera vez, como los lectores de esta revista saben, que en ella aparece un monográfico dedicado al edificio de la biblioteca. La idea matriz que nos llevó a plantearlo y a coordinarlo ya ha sido explicada anteriormente: la conciencia clara, y para nosotros defendible, de que pese a los cambios tecnológicos las bibliotecas siguen siendo válidas y necesarias. Además, y de modo evidente, se siguen construyendo edificios para bibliotecas incluso en mayor medida que en épocas anteriores.

Los cuatro trabajos que presentamos vienen a coincidir en señalar esta evidencia del enorme influjo de las TIC en el edificio de la biblioteca actual; plantean un análisis del hecho del edificio de la biblioteca, *hic et nunc*, desde perspectivas muy diferentes aunque complementarias y que ciertamente nos sirven para hacernos con una idea más clara de lo que está pasando.

El primer trabajo, de Pablo Gallo, nos presenta una magistral revisión bibliográfica de la cuestión. En una primera parte el autor presenta las líneas generales de su artículo y a continuación explica razonadamente el por qué de cada uno de los epígrafes que plantea. En la segunda parte nos encontramos con la bibliografía según los diversos epígrafes explicados en la parte primera.

Es evidente que no hay una finalidad de exhaustividad, cosa por otra parte impropia en un artículo de revista, respecto a la cantidad de notas bibliográficas que aparecen registradas; pero no es menos aparente que estamos en presencia de una bibliografía en la que no falta nada que sea esencial y además, para comodidad de quien la maneja, tampoco sobra nada. Está todo lo que debe estar y no hay nada de más en lo que

está. Recomendamos su consulta detallada no sólo a cuántos quieran iniciarse en esta cuestión del edificio de la biblioteca sino además, y en no menor medida, a cualquier profesional tanto desde el campo de las bibliotecas como desde el de la arquitectura.

El segundo trabajo tiene como autor a Dídac Martínez, director del Servicio de Bibliotecas y Documentación de la Universitat Politècnica de Catalunya. Presenta un tema no por más novedoso menos interesante. Se trata del estudio de los llamados CRAI, los Centro de Recursos para el Aprendizaje e Investigación.

Decíamos anteriormente que las bibliotecas, a nuestro entender, tienen un amplio futuro por delante siempre y cuando sepan adaptarse a los cambios de todo tipo que vienen impuestos por la sociedad en que nos ha tocado vivir.

La universidad no sólo no se ha mantenido al margen de estos cambios sino que, por mero espíritu de supervivencia, no tiene más remedio que hacerles frente e incorporarse a ellos desde el bagaje de sus, en algunos casos, cientos de años de existencia.

La universidad de estos tiempos tiene una (otra, respecto a la universidad “tradicional”) idea de la enseñanza y de la investigación que conlleva un nuevo tipo de biblioteca. Una enseñanza cada día más abierta, más basada en el uso de las tecnología de la información y de la comunicación, más volcada en el trabajo del alumno con los materiales de todo tipo que en la ya un tanto obsoleta y ciertamente anacrónica *lectio magistralis*.

Esta biblioteca recibe ahora el nombre de CRAI, y es sobre todas estas cuestiones sobre las que Dídac Martínez plantea un análisis completo, muy bien estructurado y excelente desde el punto de vista informativo para quienes no estén muy al tanto de cuáles son los cambios que ahora están sucediendo en las instalaciones de las bibliotecas universitarias. Porque, y esto conviene tenerlo en cuenta, nuestro autor se refiere a estos centros explicando siempre su filosofía, su razón de ser, sus fines.

Es desde esta perspectiva desde la que aborda, con claridad, con *seny* diríamos, un trabajo que nos resulta enormemente pedagógico sobre cuál puede ser la actuación de las bibliotecas para adaptarse a estos tiempos.



En un número monográfico sobre el edificio de la biblioteca hoy día no podía faltar la mirada del arquitecto, o, por mejor decir, atendiendo a nuestro caso, de los arquitectos, puesto que presentamos en este monográfico el trabajo de Alfonso Muñoz Cosme y, cerrándolo, el de Santi Romero.

El tercero de los trabajos que presentamos pertenece, como hemos dicho al arquitecto Alfonso Muñoz Cosme. Quienes en más de una ocasión hemos tenido que enfrentarnos a la puesta en marcha de centros bibliotecarios somos conscientes de que la relación arquitecto/bibliotecario no es siempre fácil, probablemente porque los puntos de partida son a veces bastante diferentes. La cuestión ha sido tratada en más de una ocasión en la literatura profesional y, ciertamente, no es éste el momento ni el lugar para intentar dilucidarla.

Si nos hemos referido a ella ha sido por algo más que evidente: sólo de la buena cooperación entre arquitectos y bibliotecarios surgen esos edificios en los que la belleza no debe nunca estar reñida con la funcionalidad. Lo hermoso visto como útil al mismo tiempo.

Pues bien, sólo después de haber trabajado mano a mano con más de un arquitecto puede el bibliotecario, desde la admiración y a veces diría que desde la sana envidia, llegar a comprender cómo la mirada de ese arquitecto va a hacer posible ese milagro de edificio en el que, si está bien hecho, los libros, los usuarios y el personal se encuentran de continuo y se genera constantemente una relación fructífera y enriquecedora para todas las partes intervinientes.

Nuestro autor nos guía y lleva de la mano en un periplo por las diversas tendencias actuales en cuanto al edificio de las bibliotecas; lo hace con multitud de ejemplos, de los más diversos lugares del mundo; nos lo cuenta con un lenguaje claro y directo, lo que resulta muy de agradecer cuando se refiere a la descripción de edificios y de esta manera vamos entrando en ese mundo amplio, a veces confuso para los no expertos en la cuestión, que es el de las tendencias arquitectónicas referidas aquí al edificio de la biblioteca.

Creemos que el autor, asimismo, nos va presentando los principales problemas a los que se enfrenta la biblioteca, su edificio,

hoy día. Su planteamiento de arquitecto nos sirve, desde la perspectiva de quien proyecta y diseña, para ver una vez más la cuestión de las nuevas tecnologías y de las diversas soluciones que se le están dando a los problemas que plantea su encaje en las actuales bibliotecas.

Merece una meditación la conclusión de su trabajo. Tal vez llegue un día en que la biblioteca, inmensa cantidad de conexiones de todo tipo, ya no necesite de soporte físico. Será una red extendida por todo el mundo. Entonces “la biblioteca global coincidirá con el universo”.

El último de los trabajos que presentamos corresponde a Santi Romero, arquitecto especializado en la construcción de bibliotecas y, al mismo tiempo, teórico de estas cuestiones. Su obra *La arquitectura de bibliotecas. Recomendaciones para un proyecto integral* se ha convertido, por méritos propios, en un vademécum respecto al edificio de la biblioteca.


En esa misma línea de señalar las características esenciales, y desde una gran lógica y claridad expositiva del edificio de la biblioteca, está su artículo en este monográfico. Es indudablemente la biblioteca un lugar de encuentro, cuyos aspectos esenciales van a ser el emplazamiento, el estudio de sus exteriores, el vestíbulo de acceso y las diversas áreas de servicio que la componen: revista y prensa, música y cine, información y fondo de referencia y colección general.

Hay, nos dice Santi Romero, una nota definitoria del edificio bibliotecario en la actualidad: la libertad.

“La palabra ‘libertad’ es la que le surge espontáneamente a un usuario cuando cualifica su biblioteca ideal. Libertad de movimiento y de acción, de circular, leer, descansar, conversar y también concentrarse cuando quiera, como quiera y todo el tiempo que quiera.”

En una sociedad democrática la biblioteca, que es espacio del saber y lugar de encuentro, no puede por menos que ser vista como un auténtico entorno de libertad para todos quienes, a pesar de todos los pesares, la seguimos sintiendo y viendo como algo esencial.

Y que por los siglos de los siglos la sigamos viendo.

Amén. 

---

*“Sólo de la buena cooperación entre arquitectos y bibliotecarios surgen esos edificios en los que la belleza no debe nunca estar reñida con la funcionalidad. Lo hermoso visto como útil al mismo tiempo”*

---